

dra como la flor hermafrodita o cuando encarna en el alma interlocutora.

Esto último es *confidencia*: acto de mutua fe, como dice el sentido de la palabra. De tal suerte, la obra de belleza resume los más nobles afectos en la potencia superior de crear. Fenómeno de vida excelsa entre los más altos, icómo no ha de ser importante, pues, el descubrimiento de un nuevo poeta!

Bien corresponde al soneto citado el propuesto símil de la gota de rocío.

Por esto, y por su perfección, ha de quedar clásico en nuestra literatura. Mas lo que me interesa ahora es advertir cómo en dichas cualidades se halla resumido todo el poeta.

Una sonrisa entre irónica y piadosa, que es la amable discreción del sentimental, disimula, bajo la humildad del símil con el grillo, al corazón dilatado hasta el transporte en una exclusiva vibración de canto: «sólo sé cantar como el grillo en su agujero».

Luego, el paisaje de sobria elegancia, caracterizado por dos rasgos típicos de valiente pintor: el cielo de porcelana azul y la mancha de oro del arbolillo primaveral. Este *golpe* impresionista define en Nalé toda la estética del paisaje. Así puede verse en una de sus más originales composiciones, *Los Gallos*, audaz *pochade* lírica, sobre la cual volveré, pues sólo la recuerdo ahora por la nota decorativa del rojo dorado sobre el azul oscuro de la noche—, «los gallos rojos en la noche azul»—: impresión primitiva de cartel, que transforma en artística creación un puñado de estrellas de oro.

Vista y oído, color y música, son las dominantes de esta poesía, tal cual suele manifestarse casi siempre la sensibilidad de los poetas sentimentales; y así está patente en los tercetos, donde la doble nota cristalina de la rana inspira una descripción de la más clara belleza. Y de la más completa hermosura, asimismo, ya que no falta ni la adecuada música, inherente, por vibración sensible, a la sutileza del cristal. Y el poeta nos dice también por qué, con una gracia casi infantil en su sinceridad: porque es fácil interpretar la vida, cuando su sencillo goce transforma al poeta en un grillo de los campos. ¡Un sensible insecto que no sabe sino cantar!

Pero esto lo sabe tan bien, que su ciencia del sonido, manifiesta en la elección del lugar donde se instala, en la disposición acústica de su cueva resonante, es el asombro de los naturalistas. Así también el poeta nace con la ciencia de cantar, y la estrofa es su cueva de grillo lírico.

Y otra cosa tiene el insecto, y es su salto desmesurado hasta la paradoja, como el de aquel payaso de Banville,

que disparado por el trampolín fué a rodar en las estrellas.

Precisamente, Nalé tiene a su vez mucho del funámbulo sentimental que había en el poeta francés, al cual no conoce, pues se trata de una mera semejanza de temperamento. Menos ingenioso y más poético el suyo, considerablemente más, su payasada recuerda el vibrante deslizamiento de una mariposa que a la vez anda y vuela sobre una cuerda de violín. Con lo que su gracia aérea está llena de profundidad musical. He aquí dos ejemplos en confirmatoria progresión:

PROLOGO INUTIL

Estoy cansado de andar
con los versos bien peinados,
y quiero hoy, alborotados,
al viento verlos flotar.

Fuerte viento impresionista
que en la torre del poeta
ha clavado la veleta
en dirección imprevista.

Viento que sopló ese día
y tal vez no sople más;
vuelo alocado y fugaz
hacia la barroquería.

El alma la dejo en casa,
y vengo a hacer de payaso,
con mi vestido de raso
y mis volados de gasa.

Bajo mi sombrilla roja,
entre luces y oropeles,
al son de mis cascabeles
danzaré en la cuerda floja.

El fondo pesimista de estas gallardas estrofas, que bastarían para revelarnos un poeta hecho y derecho, va a obscurarse un poco más, ennobleciéndose con la idea de la muerte cuyo riesgo constituye la dignidad de toda proeza, lo mismo a los lomos de un corcel de batalla que en la tensión de un alambre funambulesco:

SINCERIDAD

Claramente se me alcanza
mi condición de payaso;
lo ridículo del paso
de mi danza.

Cuando busco la quietud
fría y noble de la estatua,
logro sólo una actitud
necia y fatua.

Más no lloremos, grotesca
estatuilla de humo y lodo.
Vendrá la muerte que todo
lo ennoblezca.

Y la nobleza correspondiente de la vida y del alma, en estas otras dos definiciones de su temperamento de artista:

LO IMPREVISTO

Señor, nunca me des lo que te pida.
Me encanta lo imprevisto, lo que baja
de tus rubias estrellas; que la vida
me presente de golpe la baraja

contra que he de jugar. Quiero el asombro
de ir silencioso por mi calle oscura,

sentir que me golpean en el hombro,
volverme, y ver la faz de la aventura.

Quiero ignorar en dónde y de qué modo
encontraré la muerte. Sorprendida,
sepa el alma, a la vuelta de un recodo,
que un paso atrás se le quedó la vida.

FINAL

Oh lector que este libro hojeaste como
quien deshoja silvestre margarita,
sabe que lo que en él grabara el plomo
no es el alma, diversa e infinita,
de aquel que lo escribió. Sólo una muda
sombra que pasa encontrarás en él,
porque el alma purísima y desnuda
no sale nunca en traje de papel.

Sí, pues. No nos equivoquemos con la personalidad compleja de estos juglares que sonríen al abismo desde su trapezio volador, y esconden las lágrimas por no desleir el afeite. El alma, la noble mariposa, está ahí dentro, clavada por su recóndito alfiler, en el misterio decoroso del dolor personal o de la íntima afección que sólo salen a luz cuando se transforman, a través del yo, en expresiones humanas. Ría o llore en sus versos, lo que el poeta revela no es su estado personal, sino la alegría o la tristeza de todos. El alma del poeta vive con todo lo viviente, como la luz se manifiesta en todo lo visible, siendo, esencialmente, una emanación oscura. ¿Ni qué puede tampoco interesar lo que haya en el poeta de miserable carne humana?...

El destino del poeta no es revelarse, sino revelar. Agente de la belleza, ¡cuántas veces no es más que su doloroso esclavo! Aquí, que no en la maldad ajena, está el motivo de la pobreza, el aislamiento, el dolor, que angustiaron la existencia de tanto grande artista. No ser más que un canto en la noche como el grillo del poeta: ¡qué cosa tan fútil y tan trágica a la vez! Cuánto han gemido los poetas: «¡Para qué nació!» «¡Para qué te amé!» Pero en vano se ha investigado el secreto de amor que parecían esconder esas quejas. El secreto no existe. Laura y Beatriz son pretextos, con frecuencia indignos de su inmortalidad pseudónima. El secreto está en el destino inexorable que es ese don de simpatía con la Naturaleza y con los hombres: la sensibilidad pánica, que corriendo tras la ilusión, personificada en la ninfa fugaz, da tan sólo con una caña y la trueca en flauta, todavía, al contacto de su beso frustrado.

¡Inexorable fatalidad de belleza! Nacer sensible, es nacer herido; y *simpattia* quiere decir realmente comunidad en el dolor. El alma, la pobre Psiquis, mártir de la belleza, bate el ala doliente hacia la libertad de la luz ulterior, que es su esperanza de alivio; y entonces, para nuestro eterno bien, encarna en música sobre la tierra la ya divina suavidad de la *Vita Nuova*, o aquella aspiración al in-